

JEAN ROBERT, PENSAR CON LOS PIES¹

JEAN ROBERT, TO THINK WITH ONE'S FEET

Javier Sicilia

Recibido: 20 de diciembre de 2022

Aceptado: 26 de enero de 2022

RESUMEN

Pensar con los pies es un arte poco frecuente en los tiempos presentes, en que el poder tecnológico —el automóvil, las líneas telefónicas, la pantalla de la computadora, el celular, las industrias heterónomas— nos desencarnan de la tierra, deformando nuestra percepción y haciéndonos creer que somos poseedores del poder de los dioses que no habitan un suelo, sino el espacio ubicuo del éter. Pensar con los pies significa pensar desde un andar sobre nuestras propias piernas. El caminante Jean Robert, que desde antes de llegar a México renunció al coche, fue un maestro en ese arte. Este texto busca ser un breve homenaje a su maestría.

Palabras clave: Jean Robert, caminar, modernidad, poder tecnológico.

¹ El presente texto es una actualización del que, bajo el mismo nombre, escribí para celebrar los setenta años de Jean Robert, y que fue leído el 23 de mayo de 2007, día de su cumpleaños, en lo que entonces era el Centro Cultural Universitario de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Se publicó ese mismo año, junto con otros textos escritos para esa ocasión, en un libro, patrocinado por Sylvia Marcos, que lleva el título de *La mirada invertida. Jean Robert 70*.

ABSTRACT

Thinking with your feet is a rare art in present times, times in which technological power—automobiles, telephone lines, computer screens, cell phones, heteronomous industries—disembodies us from the earth, deforming our perception and making us believe that we are possessors of the power of the gods who do not inhabit a ground, but the ubiquitous space of the ether. Thinking with our feet means thinking from a walk on our own legs. The walker Jean Robert, who gave up the car before arriving in Mexico, was a master of this art. This text seeks to be a brief tribute to his mastery. *Keywords:* Jean Robert, walk, modernity, technological power

A mediados de los años noventa me encontraba impartiendo un ciclo sobre el cine de Kieslowski en el museo Brady. La noche que evoco presentaba *Rojo*, la tercera película, dedicada a la fraternidad, de su famosa trilogía. Después de proyectarla y comentarla frente a una frugal cena de queso, uvas y vino, con la que los administradores del museo solían acompañar aquellos ciclos cinematográficos, abrí el debate. Al fondo de la sala una mano se levantó y junto con ella un hombre muy alto de cabello cano me increpó con una voz sonora y una “r” extremadamente francesa: “No estoy de acuerdo con Javier Sicilia”. Confieso que me intimidé, no sólo por la manera tan directa con la que se dirigía a mí, sino por la lucidez con la que rebatía cada uno de mis puntos. Yo había llevado mi análisis por un derrotero espiritual, descubriendo en el drama de *Rojo* los puntos en los que el alma de la protagonista se abría lentamente, a través de la fraternidad, al misterio de la caridad. El hombre que tenía en frente lo llevaba en cambio por un derrotero contrario. No veía por ningún lado la caridad —ese gozo en la negación de sí que es el más alto grado del amor—; veía, por el contrario, en el movimiento de los automóviles y las llamadas telefónicas, que no cesan de aparecer en la película, el signo ominoso de la desencarnación moderna, el signo de una desgarradura por la que manaba el sufrimiento de la protagonista, que es el nuestro, y que hacía imposible cualquier verdadera caridad, cualquier posibilidad incluso de una fraternidad real, porque mantenía a los seres alejados de sí, lejos de la tierra y de sus pies que la recorren. Si

había allí cualquier vestigio de amor era sólo un deseo, un chispazo de luz, que se consumía en la inhumanidad de un mundo hecho de aparatos.

No supe qué responder. Ni siquiera tuve la intención de hacerlo. Dentro de mí trataba de ordenar el mundo espiritual del que acababa de hablar y que aquel hombre venía de arrojar brutalmente al desorden de este mundo que no soportaba y del que siempre he tratado de huir. Ese hombre, que había vuelto a sentarse y, en espera de mi réplica, bebía con suavidad de la copa de vino que había dejado en el barandal de la sala, había desarrollado delante de mí, con admirable lucidez, un conjunto de verdades que intuitivamente –soy poeta– formaban parte de mí a través del pensamiento de Gandhi y de Lanza del Vasto, que eran la base de la crítica de una revista, *Ixtus*, recién fundada entonces con unos amigos, y que jamás me había imaginado descubrir en la película que entonces comentaba.

Cuando por fin pude articular palabra, le pregunté su nombre. El hombre volvió a levantarse y, con la misma perentoriedad con la que había hablado y la misma “r”, exclamó: “Me llamo Juan Roberto y soy de Chamilpa”. “Putá madre”, me dije, “este cabrón francés no sólo me ha dado una lección de cómo pensar sin hacer trampas, desde el peso de la carne y de la materia, sino que ahora, p’acabarla de chingar, se burla de mí. Ese hombre es verdaderamente desconcertante, piensa con los pies”.

Fuera de que no era francés, sino suizo –nació en Moutier–, de que en 1998 se naturalizó mexicano y de que desde hacía casi cuarenta años, después de abandonar su trabajo como arquitecto en Suiza, vivía, junto con su esposa, la psicóloga y antropóloga Sylvia Marcos, en Chamilpa, en una casa construida con sus propias manos, no me había equivocado: Jean Robert era un hombre que pensaba con los pies. Lo intuí aquella noche en la que nació nuestra amistad, lo he sabido con certeza a lo largo de los años, es decir, hasta su muerte, acaecida en 2020, en que su amistad me dio otras muchas lecciones y me enseñó a precisar mis intuiciones.

Pensar con los pies es un arte que se desprecia hoy en que, como me lo mostró Jean con su réplica en el museo Brady, el poder tecnológico –el automóvil, las líneas telefónicas, la pantalla de la computadora, el celular, las industrias heterónomas– nos desencarna de la tierra, deformando nuestra percepción y haciéndonos creer que somos poseedores del poder de los dioses que no habitan un suelo, sino el espacio del éter y poseen el don de transformar el mundo y de la ubicuidad –ese sueño desmesurado de poder estar en todas partes en el mismo momento. Pensar con los pies significa pensar desde un andar sobre nuestras propias piernas. El caminante Jean Robert, que desde antes de llegar a México renunció al coche, fue un maestro en ese arte. Nunca se dirigió a algún sitio como el automovilista, que, sentado como un bulto en el asiento delantero, traga kilómetros de asfalto hacia delante y los desecha hacia atrás, mientras aprieta el acelerador y al volante, envuelto por una atmósfera climatizada. Tampoco se comportó como el cibernauta que, apoltronado frente a su computadora, simula viajar por el espacio y el tiempo, sintiendo que ha conquistado la ubicuidad de los dioses, cuando sólo, diría Jean Robert, es una interfase conectada a un complejo sistema de dominación. Tampoco fue un *homo technologicus*, que cree, mediante lo eficientísimo de sus aparatos, transformar el mundo, cuando sólo se hace esclavo de poderes que no sabe manejar y que lo destruyen junto con su entorno. Por el contrario, Jean, que se desplazó siempre sobre sus pies, sintió no sólo el suelo, sino las diferentes atmósferas que lo envuelven. Miraba, olía, escuchaba, sentía el peso y la densidad de cada territorio en una relación de proporción entre lo que el mundo es y lo que sus sentidos le permitían percibir de él. Poseía, por lo mismo, una gran capacidad de sorpresa y una profunda experiencia de su libertad y de su autonomía. Al pensar con sus pies, ejercía una crítica tan radical, compleja, desconcertante e incapturable como los meandros que recorrió. De ahí que hablar de su pensamiento sea tan difícil.

Caminando sobre sus pies, su lúcida crítica a la sociedad industrial se movió, al igual que su andar, por muchos territorios

que van desde el urbanismo hasta los nuevos sistemas tecnológicos, pasando por la arquitectura, las instituciones, el espacio, la economía, el activismo político (recordemos su lúcida y constante participación en la lucha, que él mismo desencadenó, por la defensa del Casino de la Selva; su apoyo a las luchas del zapatismo y de los campesinos de Atenco contra la construcción de un aeropuerto sobre sus tierras) y su labor de defensor y constructor de espacios vernáculos (edificó su casa, uno de los primeros ensayos de casas ecológicas que se conocieron en el país, con sus propias manos, y al lado de César Añorve trabajó en la fabricación de excusados secos y en la promoción de proyectos de autoconstrucción local). Todos esos temas y actividades pueden rastrearse en sus libros *Ecología y tecnología crítica*, *La libertad de habitar*, *Water is a Commons*, *La traición de la opulencia* (escrito con Jean-Pierre Dupuy), *Los cronógrafos, la era de los transportes devoradores de tiempo*, *La potencia de los pobres* (escrito con Majid Rahnema), *La crisis: el despojo impune*, *La era de los sistemas en el pensamiento tardío de Iván Illich* y en la infinidad de artículos que escribió en los suplementos periodísticos *El Gallo Ilustrado* y *Opciones* y en las revista *Ixtus*, *Conspiratio* y *Voz de la Tribu*.

Sin embargo, detrás de la complejidad de sus recorridos hay una unidad subyacente que la anécdota de nuestro encuentro insinúa y que trataré de precisar tomando como base uno de sus más queridos temas, la arquitectura y, por la manera en que lo aborda, un asunto que para mí es infinitamente familiar, la mística cristiana.

Iván Illich, su amigo y maestro, en su libro *En el viñedo del texto*, siguiendo a Hugo de San Víctor, habla, entre muchas otras cosas, del método mnemotécnico y de conocimiento que el propio Hugo desarrolló en su *Didascalión*, mediante la invención de un arca interior que, a través de sucesivos recorridos, conducía al hombre al conocimiento de las verdades divinas en el aquí de las cosas. Jean Robert, recorriendo con sus pies mentales también el siglo XII descubrió que lo que Hugo de San Víctor expresaba en su *Didascalión*, el abad Sugierius lo expresó en piedra en la construcción de la primera iglesia gótica, la basílica de Saint-

Denis, cerca de París, inaugurada en 1114, ese gótico que era una nueva forma del decir místico.

Cuando uno recorre con sus pies esa arca arquitectónica, nos dice Jean Robert, en dos artículos publicados en los números 34 y 35 de la revista *Ixtus* (“Del aquí, del allá y de un *poodle*” y “Nuevas preguntas sobre arte y arquitectura”), se da cuenta de que en esa iglesia donde un Cristo juez señorea el pórtico (la entrada a las jerarquías celestiales, de las cuales el interior de la basílica es símbolo) y un rosetón, símbolo del Cristo resucitado, señorea el interior (el punto más alto del interior de la nave que ilumina el mundo visible), hay tres niveles que la modernidad tecnológica ha roto: el de la longitud, el de la latitud y el de la altura.

El primero, que permite al fiel caminar hacia el lugar de la Eucaristía y del Cristo resucitado, simboliza “la historia de la salvación, es decir, del tiempo entre la creación y el juicio –si el feligrés [que camina en esa dirección] echa una mirada afuera, a la derecha y a la izquierda, podrá imaginar que ve desde el arca de Noé al mundo sumergido por el diluvio”. El segundo nivel, el de la latitud, simboliza la fraternidad de los hombres que, “parados o sentados han detenido su progresión individual [...]” para navegar juntos. De ahí el nombre de nave que lleva esa parte del templo. Esa peregrinación en la estabilidad “es el movimiento hacia la salvación” de la comunión santa. “Recuerda el tránsito de la comunión de los vivos y de los muertos, de condiciones diversas, pero iguales en la participación del sacramento y formando parte del cuerpo de Cristo. Es el movimiento de la Historia”. Esta fraternidad que se da en la latitud permite que la condición de cada uno –proporcionalmente iguales en la caridad– reciba su significado de la del prójimo que está al lado suyo. Por último, la altura, es el sitio desde donde el Cristo resucitado, simbolizado por el rosetón y la luz que pasa a través de él, ilumina al mundo en sus tres niveles: el de la materia, que está a la entrada después del pórtico; el de la carne, donde se encuentran los feligreses y las estatuas de los santos en orden jerárquico; y el del espíritu, que son las zonas cercanas al rosetón: la luz de la verdad.

En las tres dimensiones del templo, para usar la descripción del arca interior de Hugo de San Víctor, “está contenida toda la escritura divina. [La historia es] la longitud del arca, porque el orden del tiempo se encuentra en la serie de acontecimientos. [La latitud es] la participación en los sacramentos [que] cimenta al pueblo de los fieles. [La altura es] el progreso [en] las virtudes [que] eleva la libertad de los méritos”, hasta mezclar al fiel con la carne del resucitado.

Hay algo, sin embargo, que le interesaba más a Jean de esa arquitectura. No era sólo el camino que permite al fiel mezclarse con la carne del resucitado, sino el camino que, desde allí, el fiel recorre para, como el *Logos* en su encarnación, volver al mundo, un movimiento que tiene su correlato en la Caverna de Platón: el prisionero liberado que sale de la caverna y mira la luz de la que emanan las cosas, no se queda allí, vuelve al mundo para expresar lo que humanamente nos corresponde de ese más allá al que estamos llamados. Coherente con su condición de caminante, Jean sabía que lo que está expresado de manera cristiana en la basílica de Saint-Denis y de manera griega en la Caverna de Platón, está, con sus respectivas particularidades y *ethos*, expresado en las formas de vida de la diversas culturas. Cada una de ellas tiene sus maneras de vivir el *Logos* y de experimentar el aquí, el allá y el más allá; cada una de ellas se mueve en un territorio encarnado y ordenado, en donde los hombres tienen su sitio en el común y en el cosmos.

La civilización moderna, es decir, la civilización del *homo oeconomicus*, del *homo technologicus*, del *homo transportandus*, ha roto, en su desmesura, ese orden proporcional, sometiendo todo y a todos a una uniformidad espacial, destruyendo los símbolos y los ámbitos de las diversas culturas que siempre llamó vernáculos, vaciando de sentido sus matrices y haciendo a los hombres dependientes de instituciones que proporcionan servicios de todo tipo, desde los más fundamentales, como el alimento y el saber, hasta los más sofisticados, como la energía y la complejidad heterónoma y terrible de sus aparatos.

Visto desde allí, me parece, se pueden comprender el punto en el que convergen tanto los caminos que recorrió con sus pies como

los diversos temas de su crítica. Su crítica a la economía dice que, al fundar sus postulados sobre la escasez, destruye las formas de autosubsistencia, nos desarraiga de nuestro común y nos lanza a la miseria de empleos contraproduktivos que generan el paso de la pobreza a la miseria o, con palabras del propio Jean, “la dificultad creciente para los pobres de subsistir fuera de la esfera del mercado”. Su crítica al automóvil dice que no sólo las llantas son espantosamente dañinas porque nos despojan de nuestra movilidad natural y autónoma, y nos convierten en seres pendulares que se mueven mediante prótesis de hule, sino porque también nos roban tiempo, generan una contaminación, cuyas consecuencias ecológicas se anuncian en el cambio climático, y destruyen, mediante las carreteras que se fabrican para su circulación, poblaciones, suelos agrícolas y lugares simbólicos. Su crítica a la construcción planificada de viviendas y de tiendas de autoservicio dice que erosionan las relaciones de soporte mutuo, es decir, aquellas que nacen de la sabiduría de un común, e imponen un control administrativo que paraliza las autonomías creadoras. Su crítica a los sistemas dice que, al desarraigarnos del suelo y meternos en una realidad virtual, inhiben nuestras percepciones, nos velan lo real y nos provocan una dependencia drogadictiva de consumo de realidades inmateriales y ajenas a nuestras proporciones humanas. En síntesis, toda su crítica a la modernidad se basa en el hecho de que, al pasar ciertos umbrales, es decir, al querer universalizar todo bajo la deslumbrante luz que habita detrás de la carne del Cristo encarnado y resucitado, el mundo moderno y sus aparatos se han vuelto más destructores de las culturas y de la libertad del hombre que la producción de bienes materiales de la naturaleza.

Se puede comprender también su defensa de los patrimonios culturales, de los campesinos y de los trabajadores informales de las urbes, su renuncia a la arquitectura profesionalizada y su vinculación con movimientos en defensa de sus territorios y de autoconstrucción local.

Yo mismo, después de tantos años de compartir su amistad y de estudiar su pensamiento, puedo comprender, ahora que se ha

ido, lo que aquella noche en que lo conocí quería decirme con su réplica. No me pedía que dejara de pensar desde categorías espirituales, sino que, siguiendo la enseñanza en piedra de la basílica de Saint-Denis, ejerciera un movimiento anagógico –ese doble movimiento mediante el cual se sube peldaño por peldaño del suelo de las jerarquías terrenales, pasando por las celestes, hasta el Cristo resucitado, para luego recorrer en sentido inverso esos mismos peldaños y volver a las cosas terrenales– para mirar el mundo a la luz de sus proporciones humanas con la verdad vista. Lo que me pedía era que pensara con los pies para no extraviarme, para no hacerme trampas y colocar las cosas en su sitio, es decir, en la proporcionalidad que nos corresponde como seres encarnados y que la modernidad quiere arrebatarnos. Lo que me pedía era lo que las palabras de Hugo de San Víctor iluminan desde el misterio de la encarnación de la que habla el Evangelio y que seguramente aquella noche animaban el caminar de Jean por la sala del museo Brady y el *Rajo* de Kieslovski: “Si la sabiduría de Dios no se conoce primero corporalmente, no podrás ser iluminado por su contemplación espiritual. Por ello no debes nunca despreciar la humilde manera en la que la palabra de Dios nos alcanza. Esta humildad es precisamente la que te ilumina”.